



Luis Mateo Díez
La cabeza en llamas



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

LUIS MATEO DÍEZ

La cabeza en llamas

Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores

La cabeza en llamas

Discrepancias

Cuando Camil Molera tenía diecisiete años, su abuelo Celdrán ya lo había echado varias veces de casa, tras las expulsiones de los dos colegios de curas que había en Doza y un curso como alumno libre en el instituto Celestino Saldaña en el que tanto en junio como en septiembre suspendió todas las asignaturas: el bacarrá que ajusticiaba al repetidor como un reo para el que ya no habría clemencia.

–Yo discrepo, sencillamente discrepo... –decía Camil excitado, mientras su abuelo alzaba las papeletas de las notas como si de la mayor ignominia se tratase-. Un tribunal sin suficiente crédito ni conocimiento de causa. Dos catedráticos averiados, uno de ellos, don Cosme, el de Historia, alcohólico perdido, y el otro, don Luciano, amargado con la úlcera cancerosa. En el Saldaña da lo mismo el hemisferio boreal que el austral, y yo no estoy dispuesto a explicar a nadie quiénes eran los cartagineses, por qué Roma la pifió, o que el caolín no es otra cosa que un silicato aluminico hidratado. Discrepo. Esas papeletas apenas debieran servirnos para limpiarnos el culo con ellas...

La discrepancia de Camil crecía como una arena, mientras su abuelo Celdrán cambiaba de color y estaba a punto de comerse las notas.

Era el anticipo de la persecución.

El abuelo haría volar las papeletas, cogería lo que más tuviera a mano, casi siempre la escopeta del doce, y el alumno agraviado iría corriendo de un lado a otro, lograría salir del despacho, rodaría escaleras abajo, asomaría a la puerta del jardín y, por un instante, dudaría en seguir veloz hasta saltar la tapia o encararse de nuevo al perseguidor.

—Un plazo, sólo pido un plazo, la árnica que se le concede hasta al último mohicano. No me tiembla la razón cuando hasta Dios está de mi parte, sólo hay que abrir el sagrario y escuchar...

Sonó un tiro.

Olía a pólvora cuando su abuelo Celdrán cayó por las escaleras. Fue una de las muchas caídas que agravaron el reuma del abuelo.

La definitiva caída se produciría, cuando en uno de los regresos de Camil, que ya no era el esmirriado con que siempre se le conoció en la familia sino el sinvergüenza y el mequetrefe, se echaron en falta algunas alhajas de su abuela fallecida, las que su abuelo Celdrán guardaba bajo cinco llaves en un cajoncillo secreto del acorazado buró.

Tras aquella definitiva caída, el daño en la columna vertebral condujo a su abuelo a la silla de ruedas y a unos dolores comatosos que llenaban la noche de maldiciones.

—Un anciano crepuscular...—decía Camil a Norberta, la señora que atendía al abuelo, y que sufragaba los sobresaltos del antiguo esmirriado con la bondad de una comprensión que iba más allá de lo impensable—. Un ser humano en la decadencia y la inconformidad. Maldice porque no puede hacer otra cosa, ya nadie le rascará la espalda por mucho que le pique, no lo merece. Acuérdate del rey Dolido, no el que rabió, el otro. Los siete hijos le pasaron receta, igual que los súbditos menospreciados que acabaron echando abajo la monarquía...

Un paseo

El abuelo Celdrán quedó definitivamente en la silla de ruedas.

Un día Camil, que siempre acababa volviendo a casa, al menos en aquellos años que tan costosamente lo acercaban a la mayoría de edad, dijo a sus tíos Petro y Moldava mientras desayunaban, que quería congraciarse con el paterfamilias, solicitar perdón y avenimiento y hacerse, al fin, el Benjamín bien amado de Jacob.

Lo dijo con estas palabras. La labia de Camil era peculiar desde la niñez. En seguida despuntó en su capacidad verbal. Había aprendido a leer solo, recitaba de seguido las fábulas de Esopo y, entre sus invenciones, todo lo disparatadas que se quisiera, eran habituales las citas.

—Lo dijo Tolomeo y no hay razón para desmentirlo. El centro es el ombligo, ni punto de comparación con la pilila.

Los tíos lo escucharon incrédulos.

Moldava le hizo un gesto abrupto para que se estuviera quieto, ya que según hablaba acababa de

derramar el azúcar. Y Petro alcanzó el periódico doblado en la faja que podía llevar tres días sin que nadie lo abriera, y le dio un golpe a una mosca remolona.

–Yo no soy el pródigo ni el raspa ni el sospechoso. Esta noche me he percatado de que tengo un corazón que no me cabe en el pecho y, en palabras de Averoides, también merezco la honra del nieto bienamado. A no ser que no estéis de acuerdo.

–Corta el rollo... –dijo Moldava, esquivando.

–Una menos... –contabilizó Camil mirando a la mosca agonizante.

–La Deportiva parece que ficha a Pelines, un defensa de renombre si no cojeara... –comentó Petro, con el periódico ya desplegado.

–Dos... –dijo Camil, alcanzando de un zarpazo a otra mosca que asomaba en el azucarero—. Hay más dípteros en el mundo que ralea y miseria humana. Nunca me petaron las Ciencias Naturales.

–No la martirices... –suplicó Moldava, arrebatando el azucarero—. No soporto que les arranques las patas...

–Subo a la habitación del paterfamilias... –dijo Camil, poniéndose de pie—. El que quiera saber lo que Jacob le dijo a su vástago menor, que lea la Biblia.

–Deja la puerta abierta de la habitación según entres... –aconsejó Petro—. La invalidez no le afecta a las manos, y la escopeta me consta que la tiene cargada.

–Un voluntario que me ayude a bajar al abuelo... –pidió Camil al poco rato, desde el alto de las escaleras.

Petro subió indeciso para echarle una mano.

Bajaron al abuelo en volandas y lo colocaron en la silla de ruedas, que acercaba Moldava sin ninguna convicción.

Era un día de primavera.

Camil encaminó la silla con extremo cuidado hacia la carretera de Doza, por el tramo que abría la salida de la finca en la orientación de la vereda que seguía la línea de la presa, bajo la chopera.

–A respirar un poquito de aire fresco... –había dicho–. Y a que el paterfamilias se reconcilie con el huérfano póstumo y esmirriado, que son muchos los equívocos que conviene desterrar.

–Con cuidado, Camil, con muchísimo cuidado... –pidió Moldava, intentando que la súplica no derivara en improprio.

Fue un paseo de tres horas.

Los hermanos de Camil que se habían ido a Doza regresaron y escucharon primero inquietos y en seguida alarmados lo que Moldava decía. Ella, Norberta, y un conocido que labraba las tierras cercanas, llevaban un largo rato buscando por los alrededores.

Lo que Camil trajo en la silla fue un deshecho humano.

El desmadejado y magullado cuerpo del abuelo Celdrán era el terrible resultado de una caída, con

un hematoma en la frente y, según la inspección médica inmediata del doctor Viñuela, que era el médico de la familia y se presentó en seguida, algunas costillas rotas y el hombro derecho dislocado.

Un cadáver anticipado, podía decirse, no un muerto en el sentido exacto del término, sino un cuerpo en trance de expiración: sobreviviría con muchas dificultades, congestionado y rígido, como si se agarrara a un imposible asidero o percibiera el riesgo de volcar en el abismo.

–Nadie me avisó de que la silla no tenía frenos...
–dijo Camil contrito, mientras Moldava cerraba los puños y Petro clamaba colérico.

El secreto del sumario

Camil se esfumó en aquellos días en que el suceso incrementó en la familia una suerte de desesperación y aborrecimiento, que llevó a sus hermanos mayores a la dejación de cualquier responsabilidad o lazo afectivo.

Camil era el tercero de los precipitados huérfanos que un malhadado accidente de automóvil había dejado en manos de los tíos y el abuelo, más resignados que entregados a la causa de verlos crecer. Los dos mayores tenían la pasta hacendosa de la madre y no el atolondramiento del padre. No tardaron en irse a vivir y trabajar en Doza, alejados tanto como pudieron del porvenir de Camil, al que desde muy pronto quisieron olvidar.

El hermano pequeño dejó de formar parte de la vida de los mayores, y la palabra asesino fue de uso corriente en los días que siguieron al accidente del abuelo, que como tal reclamaba el conductor iluso, y hasta una amenaza más visceral que otras anteriores llevó al hermano mayor a golpear a Camil.

–Las bofetadas del desahucio... –comentó Camil–. Las recibo con la cabeza muy alta y a mucha honra. Dios es el único que conoce el secreto del sumario. Un accidente sólo puede constar en sus previsiones. La piedra con la que tropieza el que menos se lo espera, una rueda averiada, cualquier contingencia...

Moldava y Petro estaban derrotados. La entereza de Camil todavía los desanimaba más.

–Es un sufrimiento... –decía ella–. Este chico siempre será un sufrimiento.

Y cuando Petro, en el límite del desaliento, quiso saber lo que de veras había sucedido, observó cómo el sobrino pequeño, que tenía las manos en los bolsillos, se encogía de hombros, tan resignado como circunspecto y decía:

–Un hostiazo, no le deis más vueltas.

El nieto maltrecho

La primera vez que el abuelo Celdrán echó a Camil de casa era un adolescente recién estrenado, casi todavía un chico. La expulsión duró unos meses en los que nadie supo nada de él. Anteriormente, siendo un niño, el abuelo le había cerrado la puerta en más de una ocasión. El niño dormía a la intemperie y contaba la historia de un esquimal que en Alaska había hecho amistad con un oso que le permitía acostarse en su barriga.

Volvió aquella primera vez el día en que su hermano mediano, que regresaba de Ordial de hacer unas pruebas para ingresar en Correos, se lo encontró en la estación, muy bien vestido y repeinado y con una reluciente maletita. Era la imagen de un chico tan lustroso y acicalado como decidido. Un muchacho cuya apariencia no se correspondía con la edad, y que mientras caminaba por el andén parecía ser el usuario más conspicuo de las líneas ferroviarias.

—¿Qué hay por casa...? —inquirió con despego, cuando su hermano se le acercó.

–Todo lo mismo... –contestó el hermano, indeciso.

–Da recuerdos... –dijo Camil, a punto de volverse.

–Pero ¿es que no vienes...? Ya pasaron siete meses y al abuelo se le fue la sofoquina. Nadie supo nada de ti, hasta hubo que dar parte en el cuartelillo.

–Yo no tiré las llaves al pozo. Yo no quemé las acciones ni los contratos ni el libro de registros donde estaban las cantidades de los deudores del avaro, ni echaba al retrete las notificaciones bancarias. La gallina que maté no era sospechosa de ser la de los huevos de oro. Encontré uno de esos huevos en el ponedero. No quise que el avaro se lucrara con un bicho así.

–Los tíos ya ablandaron al abuelo. Tienes que venir a casa.

Camil alzó la cabeza, se pasó la mano por el peinado cabello.

–Doza tiene una Estación de tercera, no me gusta un pelo, estoy de paso. ¿Quieres tomar un vermú en la Cantina...?

El hermano no daba crédito a sus ojos.

Camil sacó del bolsillo de la americana un paquete de cigarrillos, le ofreció uno que el hermano rechazó, se lo llevó a la boca, extrajo del otro bolsillo un encendedor que parecía de oro, encendió el cigarrillo y expulsó el humo con delectación.

–En el tiempo que dure este pitillo decidiré lo que hago. Las cuentas del Cascajo no son de fiar.

Yo no puedo considerarme el nieto del cicatero, Dios me hizo de otra pasta y el destino me puso las cosas a huevo. No me mires con esa cara, Marcelino, si llevas remendada la culera conviene que valores el apresto de estas mangas.

El esmirriado había crecido.

La edad no se compaginaba con la presencia y un aire displicente que se acomodaba con la indumentaria, hasta que poco a poco esta se fue desgastando sin que, al parecer, tuviese recambio en la maletilla, siempre convenientemente cerrada hasta el día en que desapareció de la habitación.

—El rey que destierra al vasallo y, cuanto más, siendo el vasallo nieto del monarca, tiene el deber de disculparse... —dijo Camil en casa, con el cigarrillo entre los dedos, cuando los hermanos mostraban asombrados su curiosidad y satisfacción, sin que Moldava lograra sujetar las lágrimas.

El abuelo Celdrán lo recibió malhumorado. El reuma en aquella ocasión lo tenía retenido en la cama.

—¿Volviste, galopín...?

—Soy el nieto maltrecho del paterfamilias autoritario.

—Hasta en lo que dices se te ven los síntomas. La labia forma parte de tu perdición. Nunca supe si eras un hijo póstumo o proscrito. El tarambana de tu padre engañó a mi hija con la pajarita y el peluquín.

—La labia es el arma de los desheredados.

—¿Vienes a reformarte o a poner otra vez patas arriba la poca paz que me queda...?

—Quisiera resarcirme demostrando la inocencia, que es lo propio de los pocos años que tengo.

—Naciste esquinado. Poca chicha y demasiada cabeza. Ya sabes que fue la cabeza lo peor del parto en que casi te llevaste a tu madre. Mejor le hubiera ido que con el coche en que el atolondrado de tu padre la mató: nadie con dos dedos de frente confunde el freno con el acelerador.

—Tuve que pujar para no ahogarme. Ellos me engendraron pisando también el acelerador. Yo apenas reclamaba el salvoconducto.

—Bueno, bueno, vamos a dejar de remover el agua pasada. Moldava y Petro avalan el poco crédito que en esta casa te queda. Hay que comportarse.

—No estaría de más una palabra que alentara ese comportamiento. El gesto generoso del rey Dolido, cuando el desterrado vuelve. No hay romance ni leyenda en que no suceda así. Lo demás es cicatería...

—No me tomes el pelo, gandul. Quítate de mi vista y cámbiate de ropa. Nada ofende más a los ojos que un perillán disfrazado de pingüino.

Un príncipe corajudo

Lo que Camil acabó contando a sus tíos no era el cuento del niño que se vio perdido y, entre el llanto y la congoja fue a esconderse donde buenamente pudo, y llamó a cualquier puerta para pedir sustento.

Un viejo cascajo, un príncipe corajudo.

El chico se relamía las lágrimas y, a la vuelta de la esquina, mucho antes de llegar a la estación de Doza, el miedo atenazaba el temblor, y la malicia se compadecía con la necesidad de pedir perdón y de que en casa lo recibieran con los brazos abiertos, aunque el viejo cascajo no quisiera verlo ni siquiera oír hablar de él.

Pero el príncipe corajudo ni se relamía las lágrimas ni temblaba. El mundo propiamente dicho es lo que me compete, se decía, a Dios lo tengo de mi parte, no me puede caber la menor duda, ya que entre la madre retardada y el hijo esquinado eligió al hijo y le endiñó las fiebres a la parturienta para que casi se fuera al otro barrio. Soy un elegido. Entra dentro de lo posible que si al Padre Eterno le

hiciera falta otro Jesucristo con parecida confianza e iguales prestaciones y dotes, yo mismo le sirviera. La casta del predestinado se lleva en la frente, no en la sangre. Yo soy un superviviente por la gracia de Dios, y por encima de la desnutrición y el aborrecimiento. No iba a tener la infancia del niño pelanas, pachucho y esquilado, lo que debiera llorar lo lloré cuando el llanto suponía el único alimento del alma, sabiendo que la llorera destrozaba los nervios familiares, incitaba al Cascajo a tirarme por la ventana, percutía en la bilis, en las úlceras y en el reuma. El esmirriado estaba a medio metro de la tasa de mortalidad infantil pero no era bobo...

Camil tomó el tren en Doza.

Sobrevivió con algunas raterías en Armenta, aunque no está claro si fue allí, y en esa ocasión, cuando una señora lo acogió con la predilección y el empalago con que pudiera hacerlo con un gato callejero o un perro enfermo.

—No me gustan las contemplaciones con los animales domésticos... —decía, sin aclarar el relato—. Y cuando una anciana tiene el corazón comido por la fauna y la flora, los bichos y los tiestos, no logro sujetarme. Las pensionistas que me dieron el alpiste alguna vez me querían ver en la jaula. Los gatos y los perros, y los propios periquitos, amén de las plantas que se riegan con mimo para aliviar su condición de cautivas, en seguida recelan del forastero.

Fue a Ordial.

La vida más campechana es la de quien anda a la que salta. Un chaval avisado no tiene por qué convertirse en un golfillo. No iba a faltarme de nada. En la tertulia más lustrosa del café Corinto, entre las profesiones liberales y los funcionarios de rango, con algún que otro politiquillo, diserté sobre lo que el bien y el mal afanan y sobre lo que la moralidad pública desgrava de la privada, haciendo hincapié en la debilidad y el usufructo de nuestra condición. No me tomen por el marisabidillo ni el robaperas, no soy otra cosa que el niño perdido y hallado en el templo. El que quiera invertir en la sabiduría puede depositar un óbolo sobre el mármol de la mesa. El que tenga la conciencia limpia, que muestre el pañuelo para que comprobemos que no tuvo necesidad de sonarse. Los que desgraven o administren el usufructo, que se callen la boca y aflojen la bolsa. El niño sabe lo que Dios le enseña. El Corinto también se parece al templo de los mercaderes. Se exponen ustedes a que vuelva el propio Jesucristo con la fusta y no deje títere con cabeza.

Todos le escuchaban arrobados.

Los hermanos con cierta inquietud, y los tíos casi atemorizados por la arrogancia de aquellas vicisitudes, tan impropias de un niño tan vanagloriado y displicente al que, como ya advertía el abuelo desconfiado, se le vieron las maneras desde que la madre lo soltó con tantas dificultades en la cuna y el primer llanto duró tres días y tres noches sin ningún respiro.

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 1.º 1.ª A
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com
Círculo de Lectores, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49, 08021 Barcelona
www.circulo.es

Primera edición: septiembre 2012

© Luis Mateo Díez, 2012
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2012
© para la edición club, Círculo de Lectores, S.A., 2012

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Liberdúplex
Depósito legal: B. 16855-2012
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-15472-07-0
ISBN Círculo de Lectores: 978-84-672-5173-9
N.º 34066

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)